

Breve tratado de anti-pedagogía en el *Fausto* de Goethe

ALMA LEH

“Desde muy niño tuve que interrumpir
mi educación para ir a la escuela.”

BERNARD SHAW

El *Fausto* de Goethe, una de las obras más emblemáticas de la literatura universal, se compone de dos partes escritas con muchos años de diferencia: la primera fue elaborada por Goethe a partir de 1775 y publicada en 1808; la segunda fue publicada en 1832, el año de su muerte. *Fausto* acompañó a Goethe a lo largo de toda su vida.

¿Quién es Fausto? Encarna al que vende su alma al diablo; pero también es la figura del eterno insatisfecho y, en particular, el eterno insatisfecho del conocimiento. Al principio de la novela, decepcionado por todas las ciencias y las religiones, hasta por la magia, Fausto baraja la posibilidad de suicidarse. Pero es seguido por la calle por un perro negro que se mete en su casa y ahí recupera su aspecto de Diablo. Mefistófeles, promete a Fausto que le dará todo lo que quiera en tierra, a cambio de que le sirva en el más allá. Con una condición: si Fausto se queda complacido con algo terrenal, finalmente satisfecho hasta el punto de querer prolongar ese instante eternamente, entonces Fausto morirá en el acto. Este es el marco dentro del cual Goethe inserta una serie de reflexiones pedagógicas, mejor dicho, antipedagógicas. El *Fausto* de Goethe contiene, sostenemos, un tratado de anti-pedagogía.

De entrada la obra se abre con las lamentaciones de Fausto sobre la inanidad del saber académico:

FAUSTO.—¡Ay!, he estudiado ya filosofía,
jurisprudencia, medicina, y luego
teología también, por mi desgracia,
con caluroso esfuerzo, hasta el extremo
Y aquí me veo ahora, pobre loco,
y sigo sin saber más que al principio.”¹

Pronto aparecerá Mefistófeles para alimentar su sentimiento de insatisfacción en la Academia:

MEFISTÓFELES.—¡Qué lugar de martirio es el que tienes!

¿Y éste es un modo de pasar la vida,
Aburrido, aburriendo a los muchachos?
¡Déjalo a tu vecino el señor Panza!
¿Por qué te empeñas en trillar la paja?
Lo mejor que podrías conocer
*No puedes enseñárselo a los chicos.”*²

La academia es presentada por Goethe como un lugar de martirio, tanto para los profesores como para los estudiantes. Nadie que no acepte vegetar puede dedicarse a una tarea tan inútil como el de enseñar. Pues la docencia es absolutamente vana; es como trillar paja. Se enseña lo peor, y lo mejor no puede enseñarse. En cambio, para los estudiantes, estudiar no es vegetar sino padecer, asfixiarse, va a decir Goethe. El espacio de la academia es un lugar antivital, donde se mortifican los sentidos y también la inteligencia.

Así es cómo Mefistófeles acabará convenciendo a Fausto para dejar atrás la academia y la vida teórica, y partir con él para un largo viaje. Pero resulta que aguarda un estudiante en el pasillo para hablar con Fausto. Mefistófeles envía a Fausto a hacer los preparativos para el viaje; mientras tanto se envuelve en la toga de éste, se coloca su gorro y atiende al muchacho que ha estado esperando, haciéndose pasar por él. Aparece por primera vez el personaje del Estudiante: un joven tímido y esperanzado, “con algún dinero y sangre juvenil”, listo para caer en las fauces del diabólico sistema académico. (En la segunda parte del *Fausto*, este mismo personaje aparecerá convertido ya en bachiller, arrogante y engreído, en rebelión abierta contra la academia.) Asustado, el Estudiante dice:

ESTUDIANTE.— En estas aulas y estos altos techos
no puedo conseguir estar a gusto.
Es muy ahogado el sitio;
no se ve nada verde, no hay un árbol,
y en esos bancos y esas aulas noto
que pierdo vista, oído y pensamiento.³

Mefistófeles irónicamente promete al Estudiante una vida de placeres, con la condición de que se cuelgue de “los pechos de la ciencia”; y lleva el cinismo hasta aconsejarle inscribirse en el *Collegium Logicum*, primer curso común de todas las facultades, para que le arreglen bien el espíritu “calzándolo con botas de tormento”. Estudiar a la manera académica es, pues, una tortura.

Mefistófeles hace a continuación una por una la crítica de cada una de las disciplinas que se imparten. La lógica lo reduce todo, lo clasifica todo y, en lugar de simplificar lo complicado, complica lo que es simple⁴. La metafísica es palabrería vacua⁵. El derecho es como una enfermedad inacabable, una sofística que todo lo tergiversa. La teología es veneno escondido, puro dogmatismo⁶.

¿Qué propone Mefistófeles? He aquí los dos principios de su pedagogía: (1) No esforzarse en estudiar. Al fin y al cabo “*cada cual solo aprende lo que puede*”⁷. (2) En lugar de estudiar, conviene cultivar la imagen, la audacia y la capacidad de seducción. Le dice al Estudiante:

Tenéis buena presencia,
tampoco os faltará el atrevimiento,
y si tenéis en vos mismo confianza
también se os confiarán las otras almas.
Aprended a orientar a las mujeres...⁸

Concluye Mefistófeles con los célebres versos, infinitas veces citados, de Goethe, que han fascinado a generaciones de lectores:

*La teoría es siempre gris
Y verde el árbol dorado de la vida.*⁹

En definitiva, *Fausto* es un manifiesto contra el saber académico. Goethe muestra un desprecio olímpico del *establishment* educativo desde un vitalismo digno de Nietzsche.

Sorprendentemente Goethe recupera el personaje del Estudiante en la segunda parte del *Fausto*, redactado décadas más tarde. En esta segunda parte, el Estudiante se ha convertido en bachiller; irrumpe estrepitosamente en el cuarto de estudio gótico de Fausto; con rabia reconoce al que le empujó por el tortuoso sendero de los estudios:

¿Aquí no fue donde hace tantos años,
lleno de angustia y lleno de torpeza,
llegué, novato y tierno, a preguntar,
e hice caso a aquel hombre de la barba,
quedando edificado con sus fábulas?
Los libracos costrosos y viejísimos
todo lo que sabían me mintieron;
y no creían lo que no sabían
robándome mi vida con la suya.¹⁰

El bachiller no está dispuesto a ser burlado. Ya no es aquel ingenuo muchacho, víctima de Mefistófeles, ni una víctima del sistema académico; sino un engreído estudiante que desprecia a sus maestros y a todos los ancianos. Hay un cambio sutil en el personaje. Ya no es una mera víctima del *Collegium*, sino que se revela en toda su juvenil y necia arrogancia. Cuando Mefistófeles finge reconocer su error (“¡he sido un tonto y hoy me creo un imbécil y un cretino!”), el Bachiller se suma con entusiasmo al insulto y la descalificación:

BACHILLER. Al fin escucho algo sensato.
¡Es el primer anciano que hallo cuerdo! [...]
Confesad: vuestro cráneo, vuestra calva
¿es más que esas vacías calaveras?

MEFISTÓFELES. ¿No crees que resultas muy grosero?
BACHILLER. Es mucha pretensión que en la vejez
algo se busque, cuando no se es nada. [...]
*En cuanto uno ha pasado de los treinta,
da lo mismo estar muerto.*”¹¹

Si quisiéramos sintetizar las reflexiones irónicas de Goethe en torno al saber y el suplicio académicos, si buscáramos la estructura que subyace a estas reflexiones antipedagógicas de Goethe, podríamos ordenarlas en tres proposiciones al estilo del sofista Gorgias. Su argumentación es una sucesión de paradojas. Goethe dice, en definitiva: El saber no es. Si fuera, sería intransmisible. Y aunque fuera transmisible, los estudiantes tampoco se enterarían.

La primera tesis, *el saber no es*, es desplegada por el personaje de Fausto al principio: “he estudiado [todo] ... y sigo sin saber más que al principio”. La segunda tesis, *si fuera, sería intransmisible*, es desplegada por Mefistófeles en la primera parte del *Fausto*: “lo mejor no puedes enseñárselo a los chicos”. La tercera tesis, *y aunque fuera transmisible, los estudiantes tampoco se enterarían*, es desplegada por medio del personaje del bachiller, en la segunda parte del *Fausto*: “los libracos costosos y viejísimos [...] me mintieron; [...] robándome mi vida con la suya”. Hay, por tanto, como una cascada de imposibilidades que se suceden unas a las otras.

La tercera proposición, expuesta por medio de la figura del Bachiller, es la que Goethe ha agregado en la segunda etapa de su *Fausto*, escrita poco antes de morir. La primera parte del *Fausto* dejaba a los estudiantes en la posición de meras víctimas del sistema. Goethe, en la segunda parte del *Fausto*, ya mayor, va más lejos y plantea que si la educación es imposible es también por la arrogancia de los jóvenes. Todos los implicados en este tinglado son mitad víctimas, mitad cómplices de este *impasse*.

De ahí el pesimismo pedagógico final, puesto en boca del centauro Quirón. Fausto monta al centauro Quirón en busca de Helena en el segundo acto. Cuando Fausto comienza a adular a Quirón diciéndole que es un “gran hombre y noble pedagogo, que con gloria ha educado a un pueblo de héroes”, Quirón lo interrumpe:

¡Dejemos eso en paz! La misma Palas
no se honra al presentarse como Méntor;
*cada cual va al final por su camino
como si no le hubieran educado.*”¹⁴

¡Cada cual va al final por su camino como si no le hubieran educado! ¿Quién se atrevería a refutar este exabrupto del Centauro?

Notas

1. Trad. J. M. Valverde, Barcelona, Ed. Planeta, 1980, p. 15. Señala Kierkegaard: “Así el bufón junto al rey, Fausto junto a Wagner, Don Quijote junto a Sancho Panza, Don Juan junto a Leporello. Esa estructura es esencialmente propia de la Edad Media.” El contrapeso del antiacademicismo de Fausto es, pues, Wagner.
2. *Op. cit.*, p. 53.
3. *Ibíd.*, p. 54.
4. *Ibíd.*, p. 56.
5. *Ibíd.*, p. 57.
6. Un episodio de *Poesía y Verdad* recuerda enormemente esta escena del *Fausto*. Goethe relata cómo va a visitar a un consejero de la corte, llamado Böhme, que enseña Historia y Derecho político, con la intención de sincerarse con él, confesándole su intención de abandonar la jurisprudencia y dedicarse al estudio de la Antigüedad. El tal Böhme, ante la perspectiva de perder un estudiante (recordemos que la enseñanza era privada) y además facilitárselo a los filólogos hacia los cuales siente gran inquina, lo intimida y lo manipula hasta conseguir que desista de su proyecto, con ayuda de su amable esposa. Goethe expone también, en este mismo capítulo, su decepción ante la filosofía, la lógica y la teología. “La Filosofía negábase en redondo a dispensarme sus luces. En Lógica ocurrióme el raro caso de verme obligado a descomponer, aislar y como destruir, para comprender su debido uso, aquellas operaciones mentales que desde chico con toda comodidad realizara. De la materia, del mundo, de Dios, creía yo saber poco más o menos lo mismo que el catedrático, y hasta en más de un punto llevarle ventaja. (...) Nuestros cuadernos de apuntes empezaron a flojear cada vez más, y al llegar la primavera fundióse con la nieve y se perdió su final.” *Poesía y Verdad*, lib. VI, *Obras Completas.*, Madrid, Aguilar, 19XX, vol. V, p. 152.
7. La cita completa es: “Es cosa vana que des vueltas sudando tras la ciencia. Cada cual solo aprende lo que puede” (*op. cit.*, p. 58).
8. *Ibíd.*
9. *Ibíd.*
10. *Ibíd.*, p. 198.
11. *Ibíd.*, p. 200.
12. *Ibíd.*, p. 201.
13. Eckermann, J. P., *Conversaciones con Goethe*, Barcelona, Acantilado, 2005, p. 432, “Domingo, 6 de diciembre de 1829”.
14. *Op. cit.*, pp. 217-8.